

movimiento más simple la intención artística y erótica del adorno y del lujo. Intención tan rica y tan flexible a todos los matices, que es capaz por sí misma de suplir y aun de vencer a la belleza. ¿Se ha escrito alguna vez en homenaje a

la gracia de las adolescentes elogio más cumplido que el de Luisa Breslau a las manos de María Bashkirtseff? "No tenía lindas manos —dijo—, pero lo parecían por la manera como se detenían sobre las cosas".

LOS PROBLEMAS ESTRUCTURALES DE LA ENSEÑANZA EN EL PERIODO DE LA CULTURA GENERAL

P o r R A F A E L A L T A M I R A

(Concluye).

II

VOLVAMOS al problema de la difusión o de la universalidad (uso la palabra, dándole el mismo sentido que tiene en el sufragio político) de la enseñanza como medio de creación de la cultura.

Es un hecho conocido que ese problema, considerado desde el punto de vista numérico de la masa social, supone tan considerables cargas económicas que sólo el Estado puede sobrellevarlas en su mayor parte. La difusión se convierte así en un problema financiero, sin cuya resolución sería imposible alcanzar el propósito que constituye la esencia de la difusión misma. Analizando interiormente ese problema financiero, se define así: tantos establecimientos de enseñanza cuantos sean precisos para que, dada la población escolar de cada país, todos los niños y adolescentes que la forman puedan participar de la cultura general. Empleo estos términos, aunque no olvido que el problema suele limitarse, muchas veces, a los establecimientos de la llamada "enseñanza primaria". Ya diré, más adelante, por qué, a mi juicio, debe aspirarse a terminar con esa limitación.

No hay para qué añadir, puesto que se cae por su propio peso, que para dar eficacia plena al referido propósito, es indispensable que la enseñanza sea gratuita en los dos grados que la tradición distingue en el período de cultura general, y que esa gratuidad debe realizarse, en cada caso, lo más íntegramente que lo consientan los recursos del Estado y la cooperación social que ayude en ello, hasta llegar a cubrir el total de las necesidades docentes.

Pero esto no representa más que un lado del problema. Hacer que participen de la enseñanza

todos los individuos que se hallen en edad escolar, cualesquiera que sea su posición económica, es ya mucho y constituye el punto de partida; pero muy otra cosa es—y con ello entro en un problema propiamente educativo—, lograr que todos esos individuos aprovechen la enseñanza con igual resultado. Nos encontramos aquí ante varios de los límites psicológicos que constituyen, a mi parecer, una de las cuestiones fundamentales de la Pedagogía. Esa cuestión se plantea doblemente, según los siguientes puntos de vista: el de las facultades intelectuales y morales (uso esta segunda palabra para hacerme entender por todos y excusar explicaciones que no son de este lugar) de cada alumno, y el de la posibilidad de dominar, mediante la educación, los defectos pertenecientes al fondo pasional de la naturaleza humana y que se presentan a nosotros, desde la infancia misma, como caracteres que, para mejor inteligencia, llamaré ahora "innatos". Ante ellos, desgraciadamente, la enseñanza más educativa de que prácticamente podemos disponer en la actualidad, en proporción correspondiente a la masa de educandos, ha comprobado, infinitas veces, su impotencia. Claro es que en la ocasión presente no cabe tratar de modo especial esta cuestión; pero es necesario tenerla en cuenta para no exigir de la realidad más de lo que ella puede dar de momento, y para tratar de mejorarla mediante procedimientos e investigaciones científicos.

En cuanto al otro punto de vista, o sea, el que se refiere a la desigualdad natural de las condiciones intelectuales y morales en los diferentes individuos, sabido es que puede hallar su resolución, más o menos eficaz, en el terreno de las enseñanzas de anormales y atrasados, desgraciadamente todavía poco difundidas y deficientemente organizadas.

Los dos puntos de vista examinados vienen a confluír, prácticamente, en uno de los procedimientos más interesantes de la Pedagogía moderna: la selección de los alumnos. Este procedimiento—del cual hablaré más por lo menudo al examinar el segundo de los problemas generales—, se preve, en general, para después de terminado el período del programa mínimo de cultura, que debe ser obligatorio para la totalidad de los alumnos normales. En ese caso, la selección no es sino la consecuencia natural del fin práctico y propiamente educativo de la universalidad de la enseñanza.

A mi parecer, esa universalidad no puede aspirar, mientras no logre la plena satisfacción del derecho a ser educados igualmente, que poseen todos los niños, más que a estos dos resultados provisionales: a que la gran mayoría—la más grande mayoría posible—de los niños y adolescentes participen de una cultura general suficiente para las necesidades humanas y nacionales de la vida moderna, y a ofrecer la ocasión, la piedra de toque, para descubrir las aptitudes superiores de los más favorecidos por sus facultades naturales o de los que, por el esfuerzo constante de su voluntad, han logrado hacer rendir a las suyas, más modestas, un fruto comparable a los de aquéllos. No debe, en efecto, olvidarse que no son siempre los mejor dotados por naturaleza los que producen mayores rendimientos en la vida intelectual; como lo demuestra la observación continua de los profesores en todos los grados de enseñanza. Y el interés de la colectividad exige que se dé ocasión a todos para demostrar sus aptitudes y no se malogre ninguna posibilidad útil.

La consecuencia última de la experiencia selectiva vendrá a ser el aumento, hasta el máximo posible dentro de cada pueblo, de cada generación, del porcentaje de la mayoría intelectual excogida de la nación. Pero es bueno advertir que esa "minoría excogida" no comprende tan sólo a los espíritus bien dotados para las profesiones universitarias, especulativas o profesionales, sino que comprende, y debe comprender necesariamente, también, a los cultivadores de otras especialidades profesionales que continuamos estimando como inferiores o menos elevadas, pero de las que todo país necesita para su positivo adelanto cultural, tanto como de aquéllas. Así, el artesanado y una gran parte de los oficios manuales (no hay mano sin un soporte de dirección intelectual que la dirija), entran por propio derecho, no político, sino de actividad espiritual, en la "juventud excogida" de cada pueblo.

Con esto, hemos entrado en el fondo del segundo problema general anunciado en el anterior capítulo. La precitada selección, acompañada de la gratuidad general de la enseñanza (o, por lo menos, de una amplia aplicación de las pensiones de estudios), representan, a mi juicio, el verdadero cumplimiento de la doctrina de la "escuela única", calificación demasiado discutida a base de un equívoco (sobre todo, por quienes se asustan, o fingen asustarse, de ella), pero que en su sentido propiamente pedagógico no significa más que la etiqueta política de un hecho evidente, hace mucho tiempo, para quienes se han colocado por encima de las rivalidades profesionales, o sea el hecho de que la enseñanza característica de los grados llamados "primario" y "secundario", constituye, en realidad, desde el propio punto de vista de la educación, una unidad indivisible, a saber: la de la cultura general que todos los hombres deberían recibir antes de su especialización científica, literaria, "técnica", etc. Que la realización de ese ideal tropiece todavía con impedimentos de toda especie, incluso de parte de la organización del trabajo manual y de la economía de ciertas clases sociales (la labradora, por ejemplo) es un hecho evidente. Pero desde el punto de vista de la Pedagogía y en su práctica misma, ese ideal está perfectamente justificado y probado como posible y deseable por la experiencia. Hace más de cincuenta años que en España hemos realizado esa experiencia, y que hemos contemplado su pleno éxito, a consecuencia del cual una gran parte de maestros profesionales de la enseñanza ha llegado a comprender la razón educativa de una cultura general y común que empieza en las escuelas de párvulos y termina en el bachillerato. Al Estado y a la asistencia social (donde sea capaz de comprender ese problema y de ayudar a su completa realización), corresponde ahora aplicar las medidas financieras y jurídicas necesarias para que los impedimentos antes referidos desaparezcan en la mayor medida posible, y los padres no puedan alegar ningún motivo razonable para oponerse a cumplir la obligación escolar que corresponde a sus hijos. Parece excusado añadir que también en la progresión de los distintos momentos de esa cultura, la selección de los individuos se impone.

Conviene, sin embargo, que no alimentemos ilusiones desmedidas en cuanto a los resultados eficaces de la universalidad de la enseñanza concebida como va dicho. No creo que nunca podamos evitar la producción de pérdidas relativamente considerables, de individuos detenidos en un cierto momento de su período de estudios, a causa de los

límites psicológicos a que me he referido antes. Y también es necesario recordar que la desaparición total del llamado "analfabetismo" (aun suponiendo que nos contentáramos con tan débil satisfacción en materia de cultura nacional), aún no ha sido alcanzada por los países que más empeño ponen en la difusión de la enseñanza. Existen todavía obstáculos, no bien estudiados, que impiden hablar en esta materia de una manera absoluta, sin peligro de que los hechos la desmientan.

III

Aun suponiendo que un pueblo cualquiera llegue a realizar totalmente la extensión de la enseñanza a toda su población escolar, así como la selección de la "minoría excogida" de los alumnos para hacer rendir a éstos el máximo de las posibilidades intelectuales y morales de que son capaces, no quedarían con ello agotados los problemas de fondo de la estructura educativa en el período de cultura general. El tercero de esos problemas, a cuyo estudio voy a proceder ahora, es en efecto, tan substancial como los dos anteriores y, desde cierto punto de vista, el más espiritual y técnico de los tres. Me refiero al problema del profesorado: maestros de primera enseñanza y profesores de enseñanza secundaria.

Comienzo por una observación previa. Es evidente que si en la enseñanza superior (la de las Facultades y Escuelas Superiores o Profesionales) es posible obtener un personal escogido y eficaz, porque ese personal es, relativamente, poco numeroso, por el contrario, en las enseñanzas relativas a la cultura general y a la técnica profesional, el número de maestros y profesores se cuenta por millares, especialmente en el grado primario. Sabemos de cierto, por otra parte, que es absolutamente imposible reclutar esos millares de hombres con la seguridad absoluta de que todos ellos respondan realmente a las condiciones necesarias para cumplir con el ideal de sus funciones docentes. Nos encontramos aquí con una imposibilidad humana, existente en todos los pueblos, contra la cual escasamente pueden triunfar los mayores esfuerzos de la técnica, aun en los países mejor dotados a ese respecto; imposibilidad que se hace mayor a medida que aumenta la población escolar, y que, por de contado, se produce siempre que es preciso movilizar grandes contingentes humanos (administración pública, ejército, magistratura, etc.)

Las consecuencias prácticas de ese hecho, son las siguientes, en el orden de cuestiones que ahora me ocupa: en primer término, una razón más

para que nos preocupemos profunda y continuamente, de la formación del profesorado, procurando reducir así al mínimo posible el peligro de una simple apariencia de capacidad y de aprendizaje en cuyo fondo no existe realidad alguna o sólo una realidad deficientísima. Pero aun en el caso que semejante peligro no se produjera (supongamos, teóricamente, que no se produce), la función del profesor exigirá, por sí misma, y siempre, que nos ocupemos de él tanto como de los alumnos.

Estimo superfluo detenerme a ensalzar el papel preminente que desempeña el maestro en la enseñanza, a pesar de no ser el único factor activo en la educación; (1) pero no creo impertinente recordar aquí que ese papel requiere una intensidad mayor, y se hace más indispensable en los primeros años de la escuela, cuando todavía la personalidad intelectual del alumno carece de relieve, que después de ese período. Por lo tanto, necesidad más aguda, en cuanto a él, de una formación, la más profunda posible, del profesorado primario y secundario (en la segunda enseñanza, el caso antes dicho se reproduce, relativamente a sus exigencias); formación doble, puesto que ha de atender, juntamente, a la cultura enciclopédica del profesor y a su especialidad pedagógica. Nunca se predicará con exceso en punto a esa necesidad profesional, porque la dirección espiritual (digo "espiritual", no sólo "intelectual") del niño y del adolescente, exige, para lograr buen éxito, cualidades intelectuales específicas y bien orientadas, así como un concepto amplio y humano de la vida. No vacilo en expresar mediante una fórmula cuya condición teórica reconozco (todas las grandes aspiraciones humanas son con respecto a la efectividad de la vida, teóricas) que el ideal en esta materia sería que los hombres más eminentes de la Universidad empezasen por interesarse hondamente por la escuela primaria y que siguiendo este camino, llegasen a sentir el impulso generoso de colaborar en ese grado de enseñanza. También puedo decir que he conocido realizaciones de ese ideal, aunque no en la enseñanza pública, sino en la privada, más libre de movimientos y capaz de despreocuparse de los fines utilitarios que intervienen en toda enseñanza de parte de los padres y del público en general; y la experiencia de esas realizaciones (en que, lo diré sin ánimo de inmodestia, he participado) ha sido altamente satisfacto-

(1) Acerca de la sustancial actividad del factor alumno, he escrito algunas páginas en mi *Ideario pedagógico* y en el libro *Para la juventud*.

ria. Repito que no ignoro la dificultad de esa colaboración dentro de la estructura de la enseñanza del Estado; pero afirmo, en cambio, que cuanto mayor sea la proximidad que se alcance en la formación del profesorado primario, a las cimas de la cultura científica y literaria y cuanto más grande sea la intensificación del aprendizaje pedagógico de los futuros maestros, tanto más seguro será el éxito de la función. Por lo demás, esas exigencias comienzan a ser reconocidas en algunos países. España implantó, hace años, la formación de su profesorado de las Escuelas Normales primarias, en el cuadro de una Facultad universitaria.

La necesidad de esa elevación formativa no se hace sentir de igual modo en lo que toca al profesorado secundario, puesto que éste procede directamente de las Universidades. Pero con respecto a él, se plantean otras exigencias, la mayor de las cuales consiste en suministrar a esos jóvenes salidos de las Facultades de Ciencias y de Letras, y que muchas veces se ven forzados a pasar por la enseñanza de los adolescentes antes de ingresar en el profesorado universitario (y, a menudo, no pasan más allá de la enseñanza secundaria), una formación propiamente pedagógica, para la que, actualmente, las Facultades no le ofrecen los necesarios elementos. Los medios para llegar a esa especialización (que es la propiamente docente) pueden variar, según las circunstancias de cada país. Así unas veces se hallarán esos medios en los cursos pedagógicos de las Universidades que los posean; otras, en una pasantía especial de aprendizaje educativo, una vez terminados los estudios filosóficos, científicos o literarios de la enseñanza superior, o en un contacto previo con la práctica docente en las escuelas normales primarias; en fin, otros varios caminos, que sería imprudente determinar *a priori* sin tener en cuenta las dificultades prácticas o psicológicas que se presentan en cada nación. En todo caso, se trata de medios pertenecientes al género de especialización propiamente pedagógica que no existen todavía, para esa clase de profesores, en la mayoría de los países, pero que son indispensables dada la diferencia sustancial que hay entre un erudito en determinada materia y un maestro.

El profesorado secundario plantea también otra cuestión muy delicada, porque se refiere a la vocación individual. La delicadeza de tratamiento que impone, no puede llegar, sin embargo, al extremo de desconocer su existencia real y que, por ello mismo, significa un peligro para la en-

señanza. Me refiero a las luchas que se producen en el espíritu de no pocos de esos profesores, entre la vocación claramente científica o literaria, con su natural aspiración a ser libre y a buscar por otro camino su satisfacción, y la necesidad, a veces invencible, de mantenerse atado a la tarea docente que ocupa casi todo el tiempo y que no le atrae tanto como la vocación. Ese conflicto supone a menudo dramas intelectuales verdaderamente dolorosos, de que algunas veces he sido testigo o confesor; y que, al mismo tiempo, representan peligros para la enseñanza; peligros que el sujeto, no obstante su buen deseo, no alcanza siempre a evitar con su sólo esfuerzo individual.

La solución de esos conflictos no es fácil. Hállase estrechamente enlazada con el problema de las colocaciones que los licenciados y doctores en letras y ciencias pueden encontrar a su salida de las Facultades, y de la potencia de absorción social con respecto a los "intelectuales" sin trabajo. A su vez, estos dos problemas se presentan con caracteres diversos en cada país, según circunstancias más o menos temporales de su vida industrial, *latu sensu*, y de la protección que la masa social sea capaz de conceder a los trabajos especulativos que no se prestan directamente a las finalidades utilitarias de las ciencias aplicadas, o a las nuevas direcciones de vida intelectual que empiezan "a dar dinero" y atraen empresarios. Pero lo que no puede, en manera alguna, dudarse, es que el Estado se debe preocupar de todas esas cuestiones, cuya resolución, aún imperfecta, produciría un reflejo muy apreciable sobre el problema pedagógico que estoy examinando.

Pero el problema total del profesorado no termina con esto. Presenta una tercera fase, más acentuada que la anterior con referencia a los maestros de escuela, pero que también existe en el campo de los profesores de Segunda Enseñanza: es el problema que alcanza igualmente a otros profesionales de la inteligencia, obligados por las condiciones mismas de su profesión, a prestar sus servicios en pueblos pequeños y en los campos. Los médicos se han preocupado ya de la parte del problema que les concierne.

Referida particularmente a los maestros, la situación es la siguiente: trabajan desperdigados por el territorio nacional; la mayoría de ellos tiene que realizar su obra educativa, de una finura psicológica considerable en todos sentidos, rodeada de un ambiente poco favorable y cuya influencia actúa, las más de las veces, contraria-

mente a los principios directores de la escuela. Así aislados los maestros, no tardarían en rendirse, no sólo en lo que toca al entusiasmo profesional, que ya es mucho, sino también a su cultura, que los libros no bastan a mantener tan fresca y poderosa como convendría que fuese. Un nuevo drama estalla a menudo en el espíritu de esos hombres, y con frecuencia he sido observador o confidente de la desesperación de los mejor dotados moral e intelectualmente, así como de la derrota confesada por los menos enérgicos. Eso me ha llevado a pensar si el sistema conforme al cual (y no vacilo en decir que lo considero como el mejor de los que conozco, y que he tratado de aplicarlo en mi patria) los mejores maestros deberían trabajar en la parte rural del país y en los pueblos pequeños (con ascensos sin cambio de lugar, por de contado), puesto que es en esos sitios, y sobre la población que en ellos vive, donde es indispensable desarrollar un trabajo educativo más intenso y en donde el medio social exige una mayor acometividad, no lograría disminuir aquel peligro para muchos individuos, o tal vez lo suprimiera del todo. Naturalmente, una tarea de esa magnitud es opuesta, por sí misma, al confinamiento perpetuo de los mejor dotados en aquellos lugares, aunque sí impone su relevo, de tiempo en tiempo, por sus iguales en condiciones, para que la obra educativa se mantenga al nivel requerido y no disminuya la eficacia de la acción educativa.

En todo caso, y si no queremos disminuir muy sensiblemente la potencia espiritual de los maestros, es preciso que no los abandonemos a sí mismos. Es necesario, pues, no prolongar mu-

cho su aislamiento de los grandes centros espirituales del país y de la Universidad misma; así como refrescarles la inteligencia y la voluntad de tiempo en tiempo, renovando su contacto con los medios intelectuales y morales capaces de renovar sus depósitos de entusiasmo docente, de resistencia, de frescura de espíritu y, también, de producir el choque saludable de sus ideas y observaciones, con las de los demás compañeros y las de sus superiores científicamente. No nos contentemos, para esto, con los Congresos periódicos; los nacionales no pueden ser tan frecuentes, ni de duración bastante, para producir aquellos efectos, y a los internacionales no puede asistir más que un pequeño número. A esos recursos hay que añadir otros de los que ya se practican en muchos países, pero que positivamente sabemos que no bastan, y pensar en una organización general que alcance a la totalidad de los maestros. No está hecho todo con formar a éstos, lo mejor que sepamos, en la Universidad o en las Escuelas Normales; hay que procurar que el fruto alcanzado no se malogre pronto, convirtiendo en ineficaces, a corto plazo (siempre será más corto de lo que convendría), los esfuerzos hechos para lograr un buen profesorado.

Sobre la base de él, de la universalidad de la enseñanza y de la selección de los alumnos para la continuación de su cultura, la verdadera obra docente que constituye la esencia de la función que se emplee en escuelas, colegios e institutos de segunda enseñanza, puede rendir el servicio capital que le está encomendado. Hablar de ella, no es ya materia comprensible en el presente estudio.

PROLOGO DE "MALA YERBA"

P o r J . M . G O N Z A L E Z D E M E N D O Z A

El siguiente estudio aparecerá como preliminar de la novela "MALA YERBA", del doctor Mariano Azuela, que está a punto de dar a la estampa la Casa de Andrés Botos. Se debe a la pluma del inteligente crítico mexicano J. M. González de Mendoza, quien influyó fundamentalmente para la traducción de esa misma obra al francés. Con la publicación de este libro, la Casa Botos inicia la edición de las obras completas del doctor Azuela.

SE ha dicho que en nuestra época puede haber buenos artistas mal conocidos, pero no "genios ignorados", concepto éste, propio de románticos

mediocres; tarde o temprano, el talento verdadero acaba por revelarse.

Tales axiomas adquieren el valor de lo real en el caso de Mariano Azuela. Pasada la cincuenta le sorprendió la notoriedad. Nunca la buscó, pues se limitaba a hacer cortísimas ediciones de sus novelas, cuyos ejemplares regalaba a sus amigos. Justamente apreciadas por quienes las conocían, tan pronto como llegaron hasta el público obtuvieron general aplauso.